

## Travesías digitales y escrituras sensibles en pandemia. Investigación-acción feminista con universitarias para localizar la vulnerabilidad y la imaginación política

Por Azucena Ojeda Sánchez\*

### Introducción

¿Cómo puede la vulnerabilidad corporal y la imaginación política coexistir en mujeres jóvenes? ¿Cómo se habita desde las singularidades y luego convocar hacia el bien común? Este texto intenta abordar, desde otro lugar, el campo problemático de las violencias de género en la universidad. Partiendo de que vivimos tiempos aciagos ante el sistema patriarcal-capitalista que produce condiciones de precariedad, violencia feminicida y pedagogías de la crueldad (Valencia, 2016; Segato, 2018) y que ha penetrado todos los espacios de la vida llegando hasta las aulas de la universidad a través de prácticas docentes sexistas y discriminatorias, acoso y hostigamiento sexual, preferimos repensar el término *vulnerabilidad* por su potencia analítica desde el planteamiento de Judith Butler (2018) pues no la separa de la resistencia ni de su capacidad agenciante, lo cual permite entender procesos en pugna o en franca sobrevivencia, como lo que acontece en América Latina. Así, nos oponemos al discurso y representación totalizante de la violencia<sup>1</sup>, y más bien nos interesa destacar que desde su lado anverso, aquel que se manifiesta desde la corporalidad en el –entre- de las biopolíticas existe un trayecto fértil, aunque sinuoso de exploración, que comienza con micro-poderes de la vida desplegándose con silencios, palabras y minúsculas acciones de mujeres jóvenes que han sido afectadas por ésta, e implica un trabajo cotidiano de reapropiación de sus cuerpos, vínculos y relaciones aun estando en disputa con los espacios que habitan. En esta reelaboración, nos interesó también traer a la reflexión el lugar de la *imaginación* en tanto primera coordenada del pensamiento feminista, que a decir de Alia Trabucco (s/f, p. 2) se trata de “Una imaginación radical, porfiada y luminosa, que ha permitido a las mujeres desbordar continuamente los márgenes de lo posible”.

Coincidimos con de Sousa Santos (2011), en que es urgente producir conocimientos que cuestionen el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo, para visibilizar las ausencias y co-construir agencias para el futuro. En ese sentido, distintos grupos sociales también han impugnado el mundo establecido desde formas de resistencia colectiva, como la incidencia de las y los jóvenes quienes han sido protagonistas de estas luchas. Y es justamente este lugar de *resistencia* que posibilita una vuelta de tuerca a concepciones dominantes y esencialistas para hacer un cambio epistemológico y pensar a las juventudes no desde sus discursos, sino desde sus emergencias sociales y políticas. Es decir, de cómo las/os jóvenes interpelan la biopolítica desde los desplazamientos intersticiales, las

\* Universidad Nacional Autónoma de México, FES Zaragoza. E-Mail de contacto: aojedaunam@gmail.com

1 Si bien los distintos movimientos feministas han permitido desvelar sesgos en las teorías dominantes y proporcionar visiones diferentes de la realidad social e incluso han desnaturalizado realidades antes no percibidas como la violencia contra las mujeres, ha operado también la producción discursiva de un sujeto víctima que conlleva el riesgo de ser paralizante y no hace justicia a la diversidad, resistencia y protagonismo de mujeres que tratan de mejorar el mundo aun viviendo situaciones de violencia.



líneas de fuga. También implica pensar a las juventudes desde las geografías que habitan, las culturas, esto es, desde un análisis interseccional para entender las significaciones de los cuerpos en la disputa por el protagonismo.

En febrero del 2020, en medio de la emergencia por la pandemia del Covid-19 que nos sitió a un confinamiento mundial desatando incertidumbres, duelos y otras pérdidas, y situadas en México, uno de los países más violentos para las mujeres (ONU Mujeres, 2020), un grupo de mujeres estudiantes y docentes-investigadoras, emprendimos una investigación-acción participativa con jóvenes universitarias de la Facultad de Estudios Superiores Zaragoza perteneciente a la Universidad Nacional Autónoma de México. La urgencia de actuar en nuestros entornos más inmediatos como las calles, la escuela, el trabajo o el hogar, y transformar nuestra vulnerabilidad repensando los afectos en común, para despojarnos del miedo, avivar la esperanza y el derecho a re-existir, nos unió. Nos convocó la indignación, la indiferencia de otros, la impunidad y las violencias vividas, quizás la resistencia al desamparo fue un catalizador político que nos conectó con el deseo de impugnar el mundo establecido desde formas creativas, sororas y cuidados colectivos.

Hay que decir que nuestra urgencia de actuar ha sido posible, como tantas otras interpelaciones, por un contexto social y político que se ha posicionado en las últimas décadas por los movimientos feministas de la cuarta ola. La violencia de género en sus distintas expresiones se ha apuntalado como una de sus luchas para erradicarse, obligando a las instituciones y a los estados-nación a una agenda pública latinoamericana (di Napoli, 2020). Para Varela (2020) fue el hartazgo de las condiciones de desigualdad el catalizador político, mientras que para Cerva-Cerna (2020), la indignación frente a la violencia y la falta de atención institucional convocó a la masificación de la movilización feminista de mexicanas a través de distintas estrategias como los tendedores y otras acciones de protesta digital. Si bien los feminismos convergen a mujeres con distinta edad, clase social y corporalidad, estamos ante una generación de mujeres jóvenes que vio un cambio generacional entre la tolerancia de la violencia de género y los avances en las políticas de reconocimiento, por lo que se encarna una vivencia colectiva de sensibilidad y afectación que las ha llevado a *acuerpar* las vivencias de otras mujeres (di Napoli, 2020). Así, los activismos feministas por parte de las juventudes y en diálogo con otros feminismos latinoamericanos alcanzaron a cimbrar por fortuna a las instituciones educativas mexicanas (Cerva-Cerna, 2020, Mingo, 2020).

Implicarse, reconocer la vulnerabilidad compartida y accionar en tiempos turbulentos, también parte de otro proceso histórico que ha requerido romper con un campo dominante de la ciencia y del saber. Se trata de un horizonte de posibilidad cuya genealogía ha sido gestada por las filosofías y epistemologías feministas desde los años 70, que han interpelado la “visión desde ninguna parte”, poniendo de manifiesto la opacidad en existencia de las relaciones de poder que operan en la construcción del conocimiento científico con sesgos sexistas y patriarcales. Las distintas discusiones teóricas y posicionamientos se han descentrado de la supuesta naturalidad científica lo que ha desestabilizado su dominio epistemológico, proponiendo en su lugar un tipo de objetividad basada en el conocimiento situado, así mismo asume la condición política de la ciencia, cuestiona la relación colonial con los objetos de estudio; enfatiza el papel de la conciencia grupal en la producción del conocimiento, partiendo de la teoría del Punto de vista que busca estudios *hacia arriba*, se trata de una ciencia socialmente comprometida (Bartra, 2012; Harding, 2012).

La necesidad nuestra de convocar la palabra y la escucha sobre lo vivido personal y colectivamente era una apuesta para producir un trabajo vivo y sensible, horizontal y transformador de nuestras prácticas. Posicionadas como investigadoras, el camino de



indagación era la subjetividad a través de distintos diálogos de saberes en un espacio concreto, la escuela, y entre mujeres con un arraigo territorial que ubica y denota sus posibilidades, limitaciones, pero también de sus líneas de fuga. En ese sentido, convocar y devenir grupo para tales propósitos también parte de otro legado: los grupos de autoconciencia que nacen en el feminismo radical de los estados Unidos a finales de la década de los 60. Kathie Sarachild denominó esta práctica de análisis colectivo de la opresión mediante el relato en grupo de las formas en que cada mujer lo siente y experimenta, como *autoconciencia*. Así se proponían despertar la “conciencia latente” que condujera a una reinterpretación política de la vida (Malo, 2004).

De manera local, en la universidad se pueden ver disputas por el conocimiento y la producción de ciertos saberes en detrimento de otros subyugados, a través del uso de la palabra y la teoría como formas de adoctrinamiento y otras formas de violencia epistémica. Desde la realidad concreta de los espacios escolares como no escolares, la enseñanza es el espacio privilegiado de toda acción de transformación sociocultural. Sin embargo, la pedagogía no es neutra, ni universal, ni objetiva. Existen contradicciones, disputas culturales, ideológicas, políticas. Es un espacio de luchas y de poder que se despliegan en la práctica de la enseñanza y la vida académica mediante dificultades, malestares, imaginarios, deseos de quienes por ahí transitan (Ojeda, 2022). Los vínculos que tienen lugar en el aula, ponen en juego historias, procedencias sociales y culturales diversas, que se entrecruzan en la relación docente-estudiante, a lo largo de la experiencia de acompañar en los procesos de enseñanza-aprendizaje. Hay que sumar también las transformaciones del papel del/a docente como autoridad, como guía o facilitador/a, donde predomina cada vez más las relaciones horizontales, pero también la pasividad, o peor aún, la indiferencia. Y si a ello se suma la violencia patriarcal que se vive en las aulas, los pasillos y laboratorios, como muestran Mingo y Moreno (2015), en el contexto de la UNAM opera el sexismo que es particularmente importante atender porque ello restringe la capacidad de acción de las mujeres. El acto de denunciar será una práctica performativa posible y eficaz en la medida que su recepción sea capaz de combatir la cultural del silenciamiento, el derecho a no saber y la ignorancia cultivada. Entonces, ¿cómo posibilitar una pedagogía, dialogante y del cuidado de sí? ¿Qué referentes cercanos tenemos a la mano para pensar otras pedagogías que ayuden a potenciar puntos de encuentro y campos de acción emancipatorios?

En este proceso identificamos la pertinencia de las pedagogías críticas como formas de convocar prácticas y procesos reflexivos y también dialogantes. Pedagogías de la dignidad del *estar siendo*, basada en la hospitalidad y la donación que haga de la memoria y la historia la construcción de la identidad comunitaria y la posibilidad de pensar históricamente por sobre la erudición a-histórica y el sin sentido; una formación centrada en la construcción de proyectos de vida sentipensados por sobre la mercantilización y la competencia.

Las pedagogías críticas latinoamericanas, de acuerdo con Cabaluz (2015), emanan desde nuestra realidad territorial. Éstas más que ser un cuerpo teórico-práctico sistemático, central y unitario, poseen un carácter múltiple, configurándose a partir de fragmentos teóricos, metodológicos y prácticos dispersos, polisémicos. Reconocen el carácter multifacético existente en su interior, donde se encuentran afluentes teórico-políticos de tipo democrático popular, socialista, marxista, libertario. Sin embargo, se han focalizado principalmente en la Pedagogía de la Liberación elaborada por el pedagogo brasilero Paulo Freire. Además, posiciona los cuatro nudos como elementos y procesos por los cuales debe transitar toda pedagogía crítica, para poder denominarse tal, pues si alguno de ellos faltase carecería de sentido. Debe ser contra-hegemónica, territorializada, territorilizante, que implique y convoque la alteridad radical y pedagogía de la praxis.



A pesar de la pluralidad y multiplicidad de teorías, metodologías y prácticas asociadas a las pedagogías críticas, Cabaluz (2015) sintetiza sus planteos centrales y sus convergencias: 1. La naturaleza ético, política e ideológica de la educación, y la relevancia de la praxis político-pedagógica para la transformación social radical; 2. La identificación de factores alienantes y deshumanizantes en la cultura, por ende la educación entendida como proceso de concienciación; 3. La necesidad de constituir espacios de auto-educación popular, con y desde los/as oprimidos/as y explotados/as; 4. La praxis dialógica como reconocimiento genuino –no instrumental ni formal– de los saberes populares subalternizados, de los/as Otros/as en tanto Otros/as; 5. La convicción de que la praxis pedagógica debe desarrollar y potenciar todas las facultades humanas, reivindicando las categorías de omnilateralidad e integralidad de la educación; y 6. El reconocimiento del conflicto Norte-Sur y de los problemas del colonialismo y el eurocentrismo presentes en la pedagogía.

Un camino de indagación epistemológica para nuestro propósito lo ubicamos en la política del reconocimiento en torno al cuerpo y las sensibilidades, a manera de un nuevo *paradigma corporal* en tanto se despliega como un horizonte de posibilidad ante el paradigma racional, pues hace de los lugares del cuerpo, marcos de inteligibilidad y lugares de resistencia. En ese sentido, las obras de Valeria Flores (2013) *Interrucciones* y Jordi Planella (2017) *Pedagogías sensibles. Sabores y saberes del cuerpo y la educación*, dan cuenta desde un acercamiento a la teoría foucaultiana en torno al poder que opera en los cuerpos y las formas de producir la subjetividad, desde lugares marginales, para profundizar en la construcción de una mirada corporal del aprendizaje, situada y emergente, a través de los sentidos, la política y la poética en la educación. Planella, por su parte, denomina *pedagogías sensibles*, a una manera de despertar el cuerpo y “sentir con el mundo”, por ser un análisis del mundo a través de los sentidos. Necesaria práctica ante el disciplinamiento, obediencia y quietud de los cuerpos que se siguen aferrando a subsistir. De modo que hablamos de pedagogías emergentes, descolonizadoras, sensibles que nos permiten pensar críticamente desde el cuerpo. Las propuestas de las pedagogías queer/sensibles de Valeria Flores y Jordi Planella insisten en la búsqueda del placer y alegría en el aprendizaje. Encontramos, desde este giro corporal y afectivo otras miradas a la educación, busca que a la estudiante le suceda algo que la atraviese, que irrumpa en sus carnes (Planella, 2017). Acá, el cuerpo es un lienzo, un mapa de marcas históricas. El cuerpo es, nos dice Flores (2013), aquello que nos sucede cuando estamos escribiendo.

Es a partir de estos referentes históricos, teórico-políticos y vivenciales que pensamos y accionamos nuestro dispositivo de intervención. ¿Cómo se ha instalado la violencia de género en la universidad?, ¿qué experiencias de vulnerabilidad se producen en la población estudiantil de la FES Zaragoza?, fueron nuestras primeras preguntas, aunque sabíamos que mirar únicamente el lado de dominación que viven las y los jóvenes no permitiría hacer justicia a la agencia que también existe en sus negociaciones cotidianas. Por lo que agregamos una pregunta muy potente, ¿qué acciones creativas, combativas, amorosas, tímidas o radicales y solidarias emprenden las juventudes para hacer contrapeso a las violencias? “Hurgar” en nuestras intimidades desde una postura crítica parecía un buen comienzo, pues abre un camino distinto de saber, a decir de Michel Foucault es “aquello que permite que uno se libre de uno mismo (...) el esfuerzo por saber cómo y hasta qué punto podría ser posible pensar de manera diferente, en lugar de legitimar lo que ya se conoce” (Parra, 2005).

Dentro de la Universidad Nacional Autónoma de México existe uno de los grupos más críticos: las mujeres jóvenes. Estas jóvenes han revolucionado la dimensión institucional de sus Institutos, Facultades, Preparatorias y Colegios de Ciencias y Humanidades,



a partir de sus activismos feministas que han obligado a crear mecanismos de acción y garantía a sus derechos universitarios a través del *Protocolo de atención integral de casos de violencia por razones de género* creado en el 2020. Particularmente en la Facultad de Estudios Superiores Zaragoza, han emergido acciones de protesta que incluyen los tendedores, los paros activos y totales, la creación de distintas colectivas y espacios virtuales para la comunicación con la comunidad estudiantil que no se centra solo en la defensa de las mujeres sino de las poblaciones LGBTQ+. Inicialmente con este sector quisimos trabajar, pero no obtuvimos respuesta favorable por parte de ellas por su temor a represalias en sus procesos formativos. Ahí nos dimos cuenta del nivel de desconfianza de las juventudes con la figura docente y las formas de protección a través del anonimato para mantener su activismo bajo su control, vulnerabilidad que decide no hablar. Tal como indica Butler (2018), la exposición corporal en las calles no es siempre un bien público y no siempre es la estrategia más exitosa de un movimiento emancipador, la vulnerabilidad y la resistencia ocurren simultáneamente. El silencio y la indisposición corporal, primer indicador de esta travesía.

### **Migrar**

Escribir y leer, leer y escribir. Poner en palabras la intimidad, la experiencia del cuerpo. Y es que como apunta Valeria Flores:

Escribir es poner en acción un cuerpo. Escribir es acción sobre el cuerpo (un cuerpo que, por otra parte, se escribe en la acción, y en una acción que puede llegar a conjurar inquietantes cuotas de pasividad, abstención, inmovilidad, espera, silencio y elusión). Los ejes cuerpo/escritura/acción son llamados a confabular y potenciarse de maneras porosas mediante el gesto-herida de la interrupción. Quizás porque interrumpir un texto es una provocadora perversión basada en desenhebrar y discontinuar –entre otras cosas- la cadena lineal que hace de la escritura una acción discreta desprendida de un cuerpo de impermeable y remota materialidad. (Valeria Flores, 2003: 11)

Escribir se ha vuelto uno de los nuevos modos de encuentro y diálogo a través de las interacciones en internet. *Lo virtual*, siguiendo a Levy (1999), es un nudo problemático que no se define en oposición a lo real, sino que permite atravesar territorios como el cuerpo. Así, vemos cómo los cuerpos han sido intervenidos por celulares, programas y espacios virtuales y eso delimita una experiencia distinta, somos *cyborgs* (Braidotti, 2002; Haraway, 1995). Pero, no sólo se trata de escribir efímeramente, acá pensamos la escritura como un acto comunicativo para vincularse incluso desde la marginalidad ante los procesos de la vida que llevan a las juventudes a ser despojadas de derechos y oportunidades, es decir que ante esta desterritorialización en los distintos espacios de vida hay maneras de convocar, hacerse presentes, reunirse y conversar. Convencidas de que nuestra labor era *escuchar con la mirada* (leer su escritura) y ante un mundo altamente tecnologizado, el espacio propicio para nuestros acercamientos fue migrar a la virtualidad que, por ahora parece el lugar más seguro ante el actual confinamiento, aunque problemático también si reconocemos su inverosimilitud.

El encuentro cuerpo a cuerpo fue imposible. La pandemia por la Covid-19 representó además de temor y zozobra, quietud y espera, luego tuvimos que arreglárnoslas para continuar con la investigación. Desde el inicio, estaba claro que la contingencia social delineó el territorio, nuestro desplazamiento fue sobrevivir a las condiciones del confinamiento, el temor a enfermarse y los duelos personales que nos acompañaban, pero



también implicó resignificar la vida y agenciar prácticas de libertad intersticiales. De modo que migrar a la virtualidad fue nuestra única condición de posibilidad, la red social de facebook y zoom fueron los recursos para establecer comunicación y el intercambio de experiencias. Paradójicamente, en la sociedad de la información, resulta particularmente difícil percibir la dinámica del cambio que nos afecta, pues nuestra experiencia histórica es la de cuerpos anestesiados producidos por el modelo capitalista de gestión de la vida que coopta la sensibilidad humana. Las nuevas circunstancias de enajenación surgieron como la única posibilidad de afectarlas, de hacer visibles nuestros propios desvíos y devenires, de habitarlas transitoria y creativamente. Este fue nuestro primer registro, el del reconocimiento de que, ante las contingencias, los cuerpos emergen en la sociedad como espacio de resistencia, de lucha o de subjetivación. Resistir, nos dice Planella (2017), se relaciona directamente con vivir. Como apunta Judith Butler: “la agencia se deriva del hecho de que soy constituida por un mundo social que nunca escogí (...) el “yo” que soy se encuentra constituido por normas y depende de ellas, pero también aspira a vivir de maneras que mantengan con ellas una relación crítica y transformadora” (2004: 3).

Migramos pues, a un espacio virtual, al encuentro entre subjetividades, bajo condiciones específicas. Esta sensación de vagabundeo y caminar a la deriva sin tener certezas de cómo funcionaría el plan emergente, implicó algo así como apunta Rolnik (1989), que arrancadas del suelo, se tiene el don de la ubicuidad. Las subjetividades fluctúan ante las conexiones mutables del deseo con flujos de todos los lugares y todos los tiempos que transitan simultáneos por las ondas electrónicas, sin nombre o domicilio fijo, sin identidad: modulaciones metamorfoseantes en un proceso sin fin que se administra día a día, incansablemente. Indudablemente, lo que nos dio ubicación y rumbo, fue el dominio de las y los jóvenes pasantes que nos guiaron hacia las “bondades” de esta red social, de hecho, ellas/ellos coordinaron las interacciones tanto en Facebook como en zoom.

Nerviosas, alegres y más que entusiasmadas iniciamos la travesía. Un fin de semana antes, les pedimos que ingresaran al grupo de Facebook para que se familiarizaran con el lugar, mientras el equipo de investigación tomábamos decisiones metodológicas y logísticas. En esa coyuntura, al pensar en sus propios recorridos, sentimos como primer obstáculo, la sensación de frialdad y soledad que se podría experimentar al estar en grupos virtuales, pues la condición de anonimato y las ficciones de cada cuerpo en la interacción, son experiencias frecuentes, aunado a la contrariedad que se instala al buscar con quién hablar, pero donde el tránsito es en solitario. Y, por otro lado, nos ligaba un asunto delicado y sensible: las violencias de género vividas por las mujeres. Hicimos consciente que la *soledad* era parte ya de las juventudes al no sentirse escuchadas por las instituciones sociales, por lo que ha sido también un catalizador político de nuestro tiempo. Particularmente, resultado de la cuarta ola del feminismo joven a través del ciberactivismo y que ha sostenido el lema “no estás sola”, un lema que interpela esa sensación de orfandad y desamparo. Así que no era un asunto menor generar las condiciones adecuadas para su recibimiento, su acogida, para que no se sintieran en la “tierra de nadie”.

¿Cómo hacer de un espacio superfluo, nómada, un lugar de intimidad? Buscábamos más que una interacción mecánica de preguntas y respuestas, de leer y escribir, queríamos poner el cuerpo y la sensibilidad posible. Sabíamos que el tiempo era importante, por lo que la primera semana fue para conocernos y establecer los acuerdos de convivencia y el plan de trabajo. Postear videos para mostrar nuestra disposición corporal que diera cuenta de las voces, las palabras y la narración, nos permitió derribar esa primera barrera. Así, le dimos *rostro* a ese primer encuentro, acompañando su bienvenida con algunos videos: uno que explicaba brevemente las intenciones de la educación popular, otros elaborados desde nuestras casas para irnos presentando con cada grupo contándo-



les algo de nosotras/os, lo que pretendíamos con el proyecto y el lugar que tendríamos ahí. Como complemento de nuestra recepción, compartimos un audio que nos ayudara a generar un ambiente cálido, seguro y sensible mediante un poema para cada grupo (a la distancia podemos decir que la poesía, fue una ruta importante que abrió la cercanía con las juventudes). Nuestra intención era provocar la escucha de las/los participantes, como si le hablaran al oído.

A nuestro llamado a dialogar acudieron jóvenes con identidades y posturas éticas y políticas distintas. Es así que el diálogo sostenido en los cuatro grupos permitió comprender algunas problemáticas en materia de género y sexualidad, como también nos indicaron un trabajo de cuidado personal y colectivo en medio de un mundo fragmentado, hostil y violento. Al cierre de nuestra intervención logramos una participación nutrida de jóvenes entusiastas que tenían distintas intenciones de contribuir en el proyecto. Se conformó de 42 mujeres cisgénero y heterosexuales, 19 mujeres cisgénero lesbianas y bisexuales, 15 hombres heterosexuales, 22 hombres cisgénero gays y bisexuales, además de la participación de las dos investigadoras coordinadoras. Una multitud de historias, de maneras de situarse en la universidad y de narrar la vida. En total, interactuamos y dialogamos con 98 jóvenes. A partir de ahí se fueron desarrollando por semana los nudos problemáticos para cada grupo. Es importante decir que el dispositivo de intervención se iba construyendo en colaboración con sus inquietudes, modos de interactuar y propuestas. Implicó distintas disposiciones de nuestra parte, de escucha activa, una mirada aguda de lo que se iba colocando y una apertura a captar nuestras afectaciones en el proceso cuando se daban ciertas disputas, disputas por el conocimiento como mostraremos más adelante. La experiencia de transitar de un grupo a otro, permitía explorar también nuestra implicación, cercanía y distancia con sus necesidades, problemáticas y apuestas políticas. En adelante solo nos centraremos en el grupo de mujeres.

### *Narrar*

Nuestro primer espacio se conformó con 42 mujeres estudiantes y egresadas de las carreras de Biología, Enfermería, Medicina, Odontología y Psicología. Algunas de ellas se identificaban como feministas y para otras éste era su primer acercamiento para discutir asuntos de género y sexualidad. Sus intenciones al integrarse al grupo estaban vinculadas a las preocupaciones por la violencia de género, los feminicidios, la violencia en el noviazgo que muchas de ellas habían vivido, así como la violencia digital. En sus presentaciones destacaban la necesidad de sentirse escuchadas y generar espacios de apoyo mutuo y sentidos combativos. Lo que buscaban era aprender, conocer, aportar e incidir con algunas acciones para mejorar las condiciones en que se transita la universidad.

La fuerza instituyente de devenir grupo se produjo por la sensibilidad, primero para “aliviar” los sufrimientos compartidos, y luego, para *desindividualizar*, esto es, despsicologizar la vulnerabilidad de cada cuerpo. Así se evidenció con la rápida integración que se daba entre ellas, y en los trayectos semanales donde cada vez más aparecían nuevas preguntas que delimitaban las historias personales, las violencias vividas y los lugares de atolladero y repliegue distintos para cada una. A veces se tocaba el asunto de la escuela, el familiar o los amorosos, y dependiendo de sus circunstancias iban saliendo del anonimato. Con respeto y bajo un principio de sororidad, replicaban sus participaciones para reflejar: “yo te creo”, “no estás sola”, “A mí también me pasó”, “x2” “Aquí estamos”. La *desindividualización* fue un acto de resistencia importante, porque contribuyó a revertir la desposesión de saberes sobre el cuerpo silenciado, avergonzado, triste, pasivo, titubeante. Esta desposesión ha sido resultado de las dificultades para dar voz propia y



elaborar un saber situado. Ante este efecto, otro registro, *las micropolíticas de los grupos están ligadas a los saberes particulares que tienen resonancia y su legitimación que los convocan.*

Hay que decir que de este primer grupo surgió una necesidad importante, que a nuestra mirada se convirtió en una primera frontera. La disputa por el conocimiento se dio después de dos semanas, a través de nuestro primer encuentro por zoom donde el equipo de investigación haríamos una devolución al grupo de lo que se había construido en común a través de documentos narrativos colectivos. Al respecto, una joven comentó que le parecía muy bien el compartir experiencias y recursos, pero que ella consideraba que hacía falta la teoría, es decir, buscaba lecturas ofrecidas por nosotras sobre feminismos. Esta búsqueda también estuvo presente en otras compañeras. Ahí comentamos que su apreciación era importante para ir delimitando temáticas y logística de la intervención, también le recordamos que el marco de trabajo se daba desde la educación popular que nos descolocaba del lugar de “expertas” para dar cabida a todas las formas en que es posible educarnos:

Este proyecto se va a ir transformando, porque ustedes saben que la escuela es muy vertical el asunto, es jerárquico y además siempre es de la cabeza, o sea todo lo intelectual y teórico a su máxima potencia. Y a lo mejor genera un poco de ruido que nosotras estamos empezando al revés. Porque justo nosotras estamos proponiendo empezar por el cuerpo, que hable nuestro cuerpo y todo lo que ha hecho raíz en él. Nuestra memoria de lo que hemos aprendido. En este momento nos parece vital poderlo compartir, poderlo socializar para que más adelante podamos, entonces sí, llevarlo al nivel del intelecto y la acción para llevarlo a la universidad. Entonces denos oportunidad de empezarlo a trabajar así. Todos los saberes que hay en las historias de nuestras compañeras son importantes... Pero si ustedes dicen, no ya queremos entrarle a lo teórico pues lo vamos incorporar. (Relato personal obtenido de la etnografía digital, 2022)

Por supuesto hubo comprensión por parte del grupo. Para todas era una experiencia nueva la de aprender entre todas, la de incorporar la idea de que, nuestras sensibilidades eran poderosos insumos de exploración y conocimiento. En una era que desdeña la memoria, la pausa, la introspección, lo cotidiano, lo personal, resultaba extraño que hablar de nosotras constituyera el objeto de nuestro aprendizaje. Y luego la “indefinición” de las dos maestras coordinadoras que no les estaban “dictando” clase. Ante eso incorporamos dos propuestas que fueron bien recibidas. Por un lado, les propusimos que además de integrar la actividad de los memes para reír que estaban los viernes, ese día también estuviera destinado a compartirnos lecturas, conferencias en línea, videos educativos etcétera que no partiera desde nosotras sino de todo el grupo. Además, construimos la propuesta de impartir un curso-taller virtual más académico titulado “Diseño de proyectos con perspectiva de género feminista: incidencias en lo social y educativo” que se daría al terminar la experiencia del Círculo de Litha, con apoyo de dos profesoras-investigadoras más que fundaron la Academia de Género en la FES Zaragoza, para que quienes así lo deseaban continuara la reflexión política.

Otro asunto a destacar fue cuando nos topamos con los silencios, especialmente en una semana en la que, les invitamos a que realizaran una cartografía de su cuerpo-territorio a través de un dibujo y tomando como referencia las siguientes preguntas: ¿En qué lugares de ese cuerpo-territorio se han manifestado violencias (psicológica, física, sexual, económica, patrimonial, digital)? ¿Cuáles han sido esas violencias? ¿Ese cuerpo-territorio ha experimentado y/o atestiguado en otras acoso u hostigamiento sexual? ¿En qué lugares del espacio universitario ese cuerpo-territorio ha sentido miedo, enojo,





pero también alegría, esperanza y gozo? ¿Cómo cuido los límites de ese cuerpo-territorio en la universidad? Sin duda, fue el ejercicio más difícil, más problemático y más doloroso para ellas.

Para Le Breton (2016), el silencio es un vestigio arqueológico, un resto todavía no asimilado. Produce malestar y un deseo inmediato de yugularlo, pero al mismo tiempo, estimula el deseo de una escucha pausada del murmullo del mundo. Así, silencio y palabra no son contrarios, ambos son activos y significantes. Los silencios, en este espacio, se configuraron como el repliegue momentáneo que permitió el fluir de los significados. Se hicieron presentes como frontera en el compartir la vida íntima. Nuestra lectura de eso fue que la pausa se debió a lo difícil que era plasmar un mapa del cuerpo en el que se representara nuestras memorias hostiles. El problema no era compartir en ese grupo, ya habíamos pasado tiempo y se disponía de un espacio íntimo y seguro, el conflicto estaba en abrir y dar evidenciar, delimitar, marcar un rastro. Necesitaban tiempo, más de lo esperado para compartir la historia y sus grietas silenciosas.

Y ese fue *otro registro, el de las micropolíticas de los grupos y su fuerza para irrumpir y transformar experiencias*. Al narrar cada cartografía y su “estar de ese momento” se moviliza e involucra a la persona en su proyecto de vida y las otras se vuelven testigas. A su vez, para las otras, permite comprender mejor distintos significados, a manera de juego de espejos, su compromiso en el colectivo: las motivaciones, las aspiraciones, los miedos, las adhesiones, los proyectos personales que sostienen. Es decir, se van integrando saberes, conocimientos, valores, usanzas, normas que confrontan con anteriores lógicas de pensamiento, modos de sentir y de actuar. Así, el grupo logra sostenerse a sí mismo a partir del eje “no estás sola”. Entonces, la transformación en las participantes fue posible por los procesos y movilizaciones generados a partir del grupo. Es decir, lo que produce el grupo son momentos de significación. Así lo compartieron algunas compañeras:

“Los ejercicios sirvieron para quitarnos la venda de normalización de la violencia de género”.

“Me nutría, leer las experiencias de las demás, cómo cada una tenía unas experiencias diferentes, cómo cada una tomaba caminos distintos y soluciones distintas... si no hubiera sido por esto no las hubiera topado jamás, conocido sus experiencias y cómo ven la vida. Me llevo la riqueza de la experiencia de las compañeras”.

“Me sentí muy acompañada. Ha sido una experiencia muy bonita. Lamentablemente muchas experiencias en grupos, es complicada, a veces muy difícil. En este caso a mí me hizo sentir las muy cerca, el compartir los objetivos de hacer algo más, que nos estemos sumergiendo en esta transformación. Yo me sentí muy acompañada”.

“Para mí fue grata la experiencia que tuve en el grupo. Las experiencias, fui aprendiendo de las compañeras. Yo estoy de acuerdo que por la carrera que llevo (medicina) a veces cuesta la empatía. Por ejemplo, yo comenté cosas que nunca antes había compartido y me sentí con la libertad de haberlo hecho acompañada”.

“A mí me gustó mucho por toda la información que tuvimos, la verdad pude leerla, pude reflexionarla. Igual que en algunas actividades por ejemplo en la “carta”, a pesar de que tocábamos temas muy difíciles, se veía mucho amor por parte de las integrantes. Creo que fue una forma de liberar esas malas experiencias, pero también de mostrar lo fuertes que somos”.



“Me sirvió mucho para abrir mi mente, mi alma, mi sentir. Para reconocer que esto está pasando con otras y no porque no me haya pasado a mí no le pueda pasar a alguien más. Fue una forma de apoyo para generar una comprensión y reflexión colectiva”.

“El círculo fue un ambiente de mucha confianza. A pesar de ser virtual pude tener el acercamiento con las chicas. Hizo sentirme bien, tranquila, conocí más sobre los feminismos, los tipos de violencia. Y todas las experiencias me sirvieron para poder compartir y llevar la reflexión a otros espacios, con otras personas”. (Relatos obtenidos de la etnografía digital, 2022)

Otro registro, “... los espacios nos ayudan para que nos afecten. Si solo pasa por la información, el cambio no es radical, tiene que pasar por el cuerpo”. (Ojeda, 2022) Cuando ya hay un registro en el cuerpo es cuando hay una ruptura distinta que cambia nuestros rumbos. Los espacios contribuyen para resistir, que en términos foucaultianos, implica un acto de creación para transformar, no desde el lugar de un victimismo absoluto sino para salir desde estas circunstancias críticas.

### ***Imaginar: politizar y accionar***

Hemos mostrado una manera de producir cartografías desde los cuerpos. Hablamos de un proceso que devino en subjetividades políticas, una fabricación colectiva que se trama en el encuentro con el otro cuando se llega a la convicción, de que se comparten sufrimientos, pero donde también existen fronteras y divergencias. En estos tránsitos vimos que la experiencia está imbricada afectivamente con sentimientos de dolor, tristeza, rabia y también los mismos sueños de transformación de la opresión. Es el cuerpo en la experiencia de la herida, de la ofensa, de la venganza, de la lesión, del miedo, de las cicatrices. En su territorio se despliegan las máquinas de producción de saber/sentir/hacer que modelan una determinada relación entre el conocimiento y la sociedad.

Desde nuestro lugar y bajo la experiencia que implica hacer investigación acción participativa, nos queda por compartir algunos aprendizajes. Sumergirse en una experiencia grupal permite contornear malestares, supuestos establecidos, renunciar a saberes previos y pugnar su legítima existencia. Aprender la cuestión de que lo personal, la vida íntima es política, mediante un ejercicio clave entre el pensamiento y el cuerpo, entre los modos de existencia y sus articulaciones colectivas, entre los artificios y el grupo.

Los grupos fueron lugares de tensiones afectivas, discursivas, intelectuales, sociales; implicó hacer distintos viajes y experimentar el encuentro, la recepción, la hospitalidad, pero también la hostilidad y sus fronteras, un constante reconocimiento entre el consenso y disenso. Pese a la experiencia previa en la intervención grupal, no deja de sorprender la potencia de los grupos por su capacidad de contener, soportar, cultivar la producción de existencias singulares y generar un saber colectivo. Incluso, la potencia radica en las rupturas de ese saber colectivo. Existe más allá de quien coordina y facilita el proceso grupal, pues excede su fuerza a través de sus integrantes quienes sin saberlo desarrollan acciones para generar reflejos, espejos, proyecciones, rupturas, disensos, polaridades y posicionamientos.

Pero ¿qué lo hizo posible? Usar la palabra, posicionar-nos y comunicar-nos se configuró como un estratégico campo de reconocimientos, un sitio de pugnas en torno a los modelos de (in)inteligibilidad del mundo. El uso de las palabras nos llevó a entender el lugar central del lenguaje, pues éste nunca es neutro, ni es exterior a los sujetos, ni está



solo. El que habla ha recibido primero la palabra de otros, otras voces. El lenguaje es todas las lenguas prestadas e incorporadas.

Valeria Flores (2013) nos dice que, el lenguaje, así como cualquier documento territorial, es una herramienta epistemológica porque codifica el conocimiento acumulado y delimita espacios territoriales y de significado:

Como señala la geógrafa feminista Irit Rogoff acerca de los mapas, históricamente vinculados con la emergencia del colonialismo, han servido –y sirven– para naturalizar fronteras, regímenes, estados, modelos de gobernanza y sistemas de gestión de la población. Son significantes geográficos pero también identitarios, culturales, económicos y políticos. Lo mismo sucede con el lenguaje que, como sistema de ordenación del conocimiento al igual que un mapa, al objetivizar las estructuras de poder las normaliza. En las palabras acontecen los saberes bajos o inferiores en tanto saberes “locales, discontinuos, no centralizados, diferenciales, incapaces de unanimidad” entre los que se cuentan, los saberes del feminismo y de la disidencia sexual. Esos saberes están poblados de géneros y estratos textuales que han sido rechazados, reprimidos, desvalorizados, aminorados, deslegitimados, ocultados, por los cánones hegemónicos. (2013: 79)

Nuestro dispositivo en tanto “máquina para hacer hablar” nos conectó con el uso del lenguaje y el deseo. Siguiendo a Val Flores (2013), el texto como máquina lectora que no escamotea a quien lee la experiencia del enloquecimiento, tejiendo no sólo una red de sentidos sino también de resonancias. El lenguaje entonces, se constituye como relación de fuerzas, como herramienta de aprehensión y como piel, nos proveyó de distintas disposiciones y registros para la producción de conocimientos. Acá queremos situar la pertinencia de tres procesos epistemológicos y políticos que fuimos reconstruyendo a manera de mapas estratégicos para intervenir con y para las juventudes.

### ***La política del reconocimiento***

En nuestras búsquedas identificamos la potencia de volver a conocer algo, desde la curiosidad y la disposición al asombro. Comprender que somos resultado de relaciones de fuerza que se despliegan en la dinámica de subjetivación/desubjetivación lo teníamos incorporado desde la teoría, pero acá en el encuentro con otras/otres/otros requeríamos de otras tácticas corporales para aprehender. La primera disposición fue enfocar la mirada hacia un campo que se nos ha presentado desde lo histórico-social como problemático, pero eso implicó un acto de desenfocar a lo antes visto y mirar hacia otros lugares, otros sujetos que permanecen en la periferia. Ir al encuentro con otros mundos, reconocer nuevos territorios, otros lenguajes, otras formas de mirar y de mirarnos. Pero, hay que insistir que cambiar la vista hacia otro lugar implica detrás el pensar de otro modo, para incorporar los sentidos y lo sensible en nuestras formas de decir y de hacer, en la producción de nuestros saberes.

Una segunda disposición estuvo en nuestra escucha del lenguaje. Las palabras fueron claves, nos llevaron a un nivel activo de reconocimiento para abrirnos a los agenciamientos de las cosas dichas pero también de las no dichas con sus matices emocionales. Esto implicó también atender lo apenas mencionado, susurros del lenguaje, como también y de manera importante, la escucha de los silencios. *Silencios y palabras habitadas.*



### ***La política de la localización (pensar críticamente)***

Pensamos que esta fue otra estrategia que hace referencia al proceso de situar, de localizar espacial y temporalmente nuestro lugar en el entramado social. Auto-reconocernos en las distintas relaciones de sujeción para disponer de nuevos modos de conocer. Poner nuestras historias en perspectiva, a través del encuentro con otros, para descolocarnos, acercarnos o distanciarnos en los intentos por agenciar y politizar la vida.

Las juventudes comparten tres coordenadas históricas: el patriarcado, el colonialismo y el neoliberalismo, pero no se inscriben igual en sus cuerpos. La localización permite reconocer las distintas desigualdades, privilegios, montajes y desmontajes de las vulnerabilidades. Ubicar territorialmente, ¿quién habla?, ¿desde dónde se habla?, ¿qué intenciones hay detrás de ese lenguaje?, y ¿cómo opera en mí cuerpo? ¿En *nuestros* cuerpos y *otros* cuerpos? La política de la localización, permite dilucidar la relación lenguaje-poder-resistencias. La localización conlleva también un trabajo de creación.

### ***La política de la enunciación***

Para Ranciere “... quien carece de nombre no puede hablar...” (2006: 38). Las experiencias de las juventudes nos fueron mostrando que el extravío de su *ser* les dificultaba nombrar, interrogar, convocar. De ahí la pertinencia de la transformación del silencio en lenguaje y acción, Audre Lorde, en un hermoso texto que nos eriza la piel, dice:

Cada vez estoy más convencida de que es necesario expresar aquello que para mí es más importante – es necesario verbalizarlo y compartirlo aún a riesgo de que se interprete mal o se tergiverse. Creo que por encima de todo – hablar me beneficia. Mantener un compromiso estable con el poder de la palabra entendiendo que cada uno tiene una labor específica en la lucha por la transformación del silencio en lenguaje y acción. - el trabajo que debe realizarse para lograr este cometido debe ser comunitario: a quienes escriben les toca analizar la verdad de lo que dicen y del lenguaje con el que hablan; a quienes no escriben les toca compartir y difundir las palabras que consideren importantes; todas deben enseñar mediante la vida y la palabra las verdades en que creen y que conocen - más allá de la razón blanca y occidental; todas deben compartir las palabras de esas mujeres que - como ella - hablan para ser escuchadas: “Es nuestra responsabilidad no refugiarnos tras las parodias de la segregación que nos han impuesto y que a menudo hemos aceptado como propias”. (Lorde, 2007: 43)

La política del reconocimiento y de la localización requieren también del habla en primera persona. “Yo soy esta”, “yo soy aquél”, la voz, única y coherente, nos dice Flores (2013) es una de las implicaciones de la autoría, en la que la metafísica del sujeto –de la presencia, del autor-, y su arqueología que diseña el armazón en que se apoya la lógica de la definición, cobra toda su potencia. Fuerza anudada desde el comienzo al poder performativo del nombre: es la firma la que compromete al/la autor/a y la que permite el olvido de estas multiplicaciones y traducciones. No obstante, para quienes hemos sido privadxs de existencia por la normatividad sexual, de género y racial, que nos expulsa al campo de lo irreal o lo fraudulento, la autoría es una comunidad de citas abyectas, la afirmación de una presencia que no descoloca la ausencia, sino que habla desde ella, desde su habitar fantasmático.

No podemos dejar de lado, en estas reflexiones, el lugar protagónico del movimiento feminista en los intentos por elevar la voz y enunciarse, y que como respuesta



dice “hermana, yo sí te creo”. Al convocar una conciencia y memoria periférica, de voces y escucha colectiva, produce distintos procesos: Conlleva un ejercicio de recepción, encuentro y hospitalidad. Hace aparecer el propio rostro ante otros cuerpos, donde sitúa el cuerpo y la implicación. Da existencia a las palabras que se desbordan, como la sensación de estar habitando y deshabitando. Por lo que también contribuye a la desidentificación de los mandatos impuestos ante los decires que circulan en los distintos espacios de vida. Algunas compañeras, muestran la potencia de sus cuerpos, en estos procesos colectivos de enunciación:

“Cuestionar mucho TODOOOO. Y entender que no porque algo sea cotidiano quiere decir que esté bien. Tuve que aprender a expresarme, aunque mi voz temblara”.

“A escucharme sin negar ninguno de mis componentes, a dejarle a los otros sus proyecciones sobre lo que consideran correcto, adecuado, mejor, digno. Aprendí a ser más amorosa conmigo misma, a no negar mi sentir, mis formas de autocuidado son amorosas, comprensivas y compasivas. Fui consciente del sistema que sostiene mi opresión y rechazo. Empatiqué con las mujeres de mi linaje. Aprendí a escuchar las historias de otras mujeres y no compararlas. Aún lidio mucho con la frustración que me provoca el ver a mujeres juzgándose, pero entiendo que la resistencia a no ver la complejidad de la opresión no es porque no la vivan, sino porque ver duele, y como seres humanos huimos del dolor. El proceso de cada una es diferente, no hay una forma correcta de sanar o abrirte a la idea de tejer lazos con otras para sostener la realidad o comenzar a cambiarla. El feminismo te reta a ver y cambiar aquello que creías, pero también te ayuda a darle nombre a esa dolencia que cargabas y no sabías de dónde surgió; te permite comprender la realidad y sobrevivirla, y sobre todo, entrada en el feminismo, no hay forma de que no te vuelvas crítica y reflexiva en todo momento”. (Relatos obtenidos de la etnografía digital, 2022).



## Referencias

Bartra, E. (2012). “Acerca de la investigación y la metodología feminista”, en N. Blazquez, et. al., (coord), Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales. UNAM.

Braidotti, Rossi. (2002). *Metamorfosis, hacia una teoría materialista del devenir*. Akal.

Butler, J. (2017). Vulnerabilidad corporal, coalición y la política de la calle. *Nómadas*, 46, pp. 13-29. <http://www.scielo.org.co/pdf/noma/n46/0121-7550-noma-46-00013.pdf>

Butler, J. (2018). *Resistencias. repensar la vulnerabilidad y la repetición*. Paradiso editores.

Cabaluz, F. (2015). *Entramando pedagogías críticas latinoamericanas. Notas teóricas para potenciar el trabajo político-pedagógico comunitario*. Editorial Quimantú.

Cerva Cerna, D. (2020). Activismo feminista en las universidades mexicanas: la impronta política de las colectivas de estudiantes ante la violencia contra las mujeres. *Revista De La Educación Superior*, 49(194), 135-155. Recuperado a partir de <http://resu.anuies.mx/ojs/index.php/resu/article/view/1128>

di Napoli, P. (2020). Jóvenes, activismos feministas y violencia de género en la

Unam: genealogía de un conflicto. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 19(2), 1-27.

Flores, Valeria. (2013). *Interrucciones. Ensayos de poética activista. Escritura, poética, pedagogía*. Editora la Mondonga Dark.

Haraway, D. J. (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La invención de la naturaleza*. Cátedra.

Harding, S. (2012). “¿Una filosofía de la ciencia socialmente relevante? Argumentos en torno a la controversia sobre el Punto de vista feminista”, en N. Blazquez et. al., (coord), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*. UNAM.

Le Breton, D. (2016). *El silencio. Aproximaciones*. Sequitur.

Lévy, P. (1999). *¿Qué es lo virtual?* Paidós.

Lorde, Audre. (2008). *Los diarios del cáncer*. Hipólita Ediciones.

Malo, Marta. Ed. (2004). *Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia*. Traficantes de sueños.

Mingo, A. (2020). “Juntas nos quitamos el miedo”: estudiantes feministas contra la violencia sexista. *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, 11(31), 3-27.

Mingo, A. y Moreno, H. (2015). El ocioso intento de tapar el sol con un dedo: violencia de género en la universidad. *Perfiles educativos*, 37(148), pp138-155.

Ojeda, A. (2020). *Corpografías juveniles. Escuela y malestares sobre género y sexualidad en clave digital*. UNAM-FES Zaragoza.

ONU Mujeres. (2020). *La violencia feminicida en México. Aproximaciones y tendencias*. Gobierno de México. CONAVIM, INMUJERES, ONU Mujeres.

Parra, M. (2005). La construcción de los movimientos sociales como sujetos de estudio en América Latina. *Athenea digital*, 8: 72-94.

Planella, J. (2017). *Pedagogías sensibles. Sabores y saberes del cuerpo y la educación*. Universitat de Barcelona.

Ranciére, J. (2006). *Política, policía, democracia*. LOM Ediciones.

Rolnik, Suely. (1989). *Cartografía sentimental: transformações contemporâneas do desejo*, *Liberdade*. Traducción de Andrea Alvarez Contreras.

Segato, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo Libros.

Sousa Santos, B. (2011). Epistemologías del sur. *Utopía y praxis latinoamericana*, 16 (54), pp 17-39. inédito.

Trabucco, A. (S/F). *Imaginar*. Documento inédito.

Valencia, Sayak; Sepúlveda, Katia. (2016). Del fascinante fascismo a la fascinante violencia: Psico/bio/necro/política y mercado gore. *Mitologías hoy*, [en línea],14, 75-91. <https://raco.cat/index.php/mitologias/article/view/315891> [Consulta: 20-06-2022].

Varela, N. (2020). El tsunami feminista. *Nueva sociedad*, (286), 93-106.

